

Fidel Araneda Bravo

## Don Juan Agustín Barriga (1857-1957)



EL CENTENARIO del natalicio de don Juan Agustín Barriga, que celebramos el 19 de agosto, nos brinda ocasión propicia para rendir tributo de gratitud y admiración a la memoria de un hombre excepcional, cuya personalidad no ha sido suficientemente apreciada por los últimos historiadores de las letras chilenas.

Barriga ejerció grande influjo en la vida literaria y política de la república, durante el último cuarto del siglo pasado, y su nombre alcanzó prestigio y enaltecó al país; pero la envidia le asestó un golpe certero y el ático orador académico y parlamentario fue olvidado por sus propios amigos y admiradores, y a la fecha de su muerte, Chile, con excepción de un reducido grupo de amigos íntimos, ignoraba la existencia del anciano venerable que hidalgamente escondía la auténtica pobreza evangélica en su noble y enteca figura de gran señor.

Tuve el honor de contarme entre esos poquísimos amigos y fieles admiradores que acompañaron hasta el fin de su larga y azarosa vida al más elocuente de nuestros oradores parlamentarios y al último representante de la literatura clásica de nuestra patria; y después, por una de esas providenciales coincidencias, bien desfavorables para mí,



ocupé en la Academia Chilena de la Lengua el mismo sillón que él creó, con su prestigio imponderable, y en el cual se sentó después don Luis Orrego Luco a quien inmediatamente sucedí.

El agudo hombre de letras a quien recordamos, era uno de esos chilenos en cuyo espíritu reverberaba la raza española: alma generosa y desinteresada, siempre conservó ese candor y optimismo del caballero castellano. André Maurois dice que “la verdadera vocación del español es la de conquistador”, y don Juan Agustín, que tenía mucha sangre vasca, anduvo siempre como don Quijote y San Ignacio de Loyola, en busca de conquistas: en su juventud tuvo algunas flaquezas que le causaron no poca desazón y en cierta manera fueron vallas que le cerraron el camino de más altos honores políticos; desde la mocedad, a semejanza del héroe de Cervantes, lucha contra los molinos de viento o “desaforados gigantes” de la política y toda su actuación en el Parlamento, con su ingenuidad característica, no fue más que una “buena guerra” para quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra, “pero esos gigantes o sanchos de brazos largos”, “que los suelen tener algunos de casi dos leguas”, deshicieron los planes conquistadores del joven idealista que iba a “desfacer entuertos” y de esa siembra sólo cosechó amarguras, sinsabores y llegó a la conclusión de que “nuestros padres creían que la política era el arte de servir al país; sus nietos más avisados saben hoy que la verdadera política es el arte de servirse del país”; otro tanto dígame de su labor literaria: su fantasía creó obras maravillosas, pero no llegó a realizarlas; era un artista refinado, más nunca le satisfizo su estilo: en literatura, como en todas las cosas, se forjó castillos encantados, que jamás construyó por exceso de autocrítica y no poco también de pereza; en sus últimos días, extasiado le escuché algunas disertaciones acerca de la Divinidad de Cristo, materia sobre la cual quería escribir una obra, y cuando le instaba a que me dictara, don Juan Agustín respondía imperturbable: “mañana sin falta comenzaré yo mismo a escribir...”, pero él repetía con frecuencia ese pensamiento suyo: “hay algo más hermoso que la misma hermosura: la ilusión



del alma que la concibe". En verdad, toda la vida de don Juan Agustín fue sólo una ilusión quijotesca.

Hace cien años, cuando nació el renombrado orador, el 19 de agosto de 1857, Chile pasaba por uno de esos momentos señeros de su historia: mientras el Presidente, don Manuel Montt, pugnaba por imponer a la Iglesia el Patronato Eclesiástico, el Arzobispo, don Rafael Valentín Valdivieso, lo repelía briosamente. Don José Miguel Barriga, Ministro de la Corte Suprema, padre del recién nacido, había votado en favor de la relegación del Metropolitano en el más alto tribunal de la república.

Barriga se educó en los Padres Franceses y en el Instituto Nacional y desde pequeño se aficionó a la lectura de los clásicos españoles y franceses, especialmente durante su estada en el Instituto Nacional, donde fue sabiamente orientado por el director de la biblioteca del establecimiento, el bibliógrafo boliviano don Gabriel René Moreno.

Muy pronto comenzó a estudiar leyes en la Universidad de Chile y se afilió en el Partido Conservador, no obstante el acendrado montt-varismo de su padre. Luego comenzó su carrera literaria en la revista *La Estrella de Chile*, órgano del peluconismo. En las columnas de esta publicación quincenal, que duró hasta los primeros meses de la Guerra del Pacífico, escribió diversos artículos sobre arte y crítica literaria, y no faltaron tampoco las poesías románticas en las cuales pagó tributo al mal gusto de la época; pero lo mejor de aquellas producciones son sus pensamientos, publicados bajo el título de *Ideas sobre el Arte y la Moral*, meditaciones que tienen el singular privilegio de ser las únicas de las cuales se enorgullece la literatura nacional. Los pensamientos del muchacho genial de veinte años, manifiestan su arraigada fe religiosa, la formación filosófica aristotélico-tomista, la primacía del espíritu sobre la materia y más que todo indican los sólidos principios morales de austeridad y honradez, que fueron norma invariable en su vida pública. En su labor literaria se deja ver la abundante lectura del precoz literato, una rara madurez de juicio y sobre todo asombra la límpida casticidad de la frase ágil



y diestra que denotan al impenitente lector de los clásicos, y al hombre de refinado gusto estético.

Luego, en 1880, recibió el título de abogado y entregó al Partido Conservador todas las energías de su espíritu generoso: talento, cultura, entusiasmo, disciplina y patriotismo; él lo recordaría treinta años más tarde en memorable discurso, profundamente decepcionado y adolorido.

En 1884 fundó, con don Ramón Subercaseaux Vicuña, la revista de *Artes y Letras*, también de tendencia conservadora, que luego pasó a ser propiedad del "Centro de Artes y Letras". Durante tres años colaboró de tarde en tarde en la revista, en ella polemizó con don Pedro Nolasco Cruz a propósito de Moratín. En dos artículos atribuye al escritor español cualidades tan eminentes de poeta y dramaturgo, que distan mucho de ser realidad y que con toda razón le negó don Pedro N. Cruz. Es el único desacierto literario de don Juan Agustín. En las columnas de la revista *Artes y Letras* publicó también su discurso "De la Lengua Castellana como instrumento del Arte Literario", que le situó en el primer plano de los escritores y hablistas hispanoamericanos. Desde los tiempos de la Independencia se había pretendido desvincular a la naciente literatura chilena de la española, el orador reaccionó contra esta tendencia y gracias a su influjo los escritores y maestros chilenos miraron en adelante con más respeto el rico legado literario de España.

En 1882 fue elegido diputado y le correspondió impugnar con elocuencia y valor de cruzado las leyes laicas del Presidente Santa María, que eran el resultado de la tirantez existente entre la Iglesia y el Estado desde que se suscitó la cuestión del sacristán de la Catedral en 1856, en la cual tuvo parte tan activa contra el Arzobispo Valdivieso el magistrado patronatista don José Miguel Barriga, padre del parlamentario que haría la defensa de la Iglesia precisamente contra los avances del Patronato.

Don Juan Agustín discutió apasionadamente con Isidoro Errázuriz, José Manuel Balmaceda, Enrique Mac-Iver, Augusto Orrego Luco y Miguel Luis Amunátegui, las grandes figuras de la oratoria



parlamentaria de esa época, y tuvo la valentía de enrostrarle a Amunátegui la falsificación de documentos eclesiásticos, para probar que la Iglesia aceptaba el matrimonio civil, y en un arranque de elocuencia llegó a decirle que tuviera más respeto por la "ignorancia de sus colegas".

Después sostuvo en el Congreso grandes batallas en defensa de la libertad electoral y combatió con calor, pero sin saña, a Balmaceda, no obstante se mostró enemigo de la guerra entre hermanos y sólo firmó el acta de deposición del Presidente cuando fracasaron las gestiones pacifistas de don Maximiliano Errázuriz.

Estuvo exilado en Argentina y Uruguay, donde fue admirado por su elocuencia y dotes literarias. Regresó al país, y por última vez fue diputado en 1894. Durante quince años representó en el Congreso a los departamentos de Illapel, San Felipe, Santiago y Concepción. En 1896 sostuvo públicamente que el Partido Conservador debía renovarse para dar entrada a la clase media y preocuparse más del problema social, que entonces ya era una realidad. En abril del mismo año obtuvo el apoyo del partido pelucón a la candidatura presidencial de don Federico Errázuriz Echaurren. Pero como él dijo en la tertulia literaria de doña Martina Barros de Orrego, "hay servicios que no se perdonan" y don Juan Agustín Barriga quedó fuera del Congreso en 1897, más "el que calla en los grandes conflictos de la vida pública", sostenía Barriga, "es porque en el fondo siente simpatía por la mala causa".

Al término de su carrera parlamentaria estaba tan pobre que para sostenerse aceptó el cargo de abogado-consultor del Ministerio de Obras Públicas.

El prestigio del orador y hablante era tan grande que su palabra no podía faltar en las solemnidades públicas. En su único libro *Discursos Literarios y Notas Críticas* están publicadas algunas de las más hermosas oraciones de don Juan Agustín, pero tal vez la más feliz fue la que pronunció en la Biblioteca Nacional en 1912, durante el homenaje tributado a don Marcelino Menéndez y Pelayo con motivo de su muerte: Barriga contempló al hombre de ciencia



en toda la vastedad de su obra literaria, pero no olvidó tampoco al varón de alma resignada, que como la suya sufrió en silencio la herida de la ingratitud y el desdén de sus propios amigos y correligionarios. El orador desahogó su dolor latente y en un momento de arrobadora elocuencia que embelesó al auditorio, dijo: "Contra tales enemigos sólo hay un arma; iba a decir el desdén; pero el desdén, señores, es poco cristiano. Guardemos silencio y dejémosle pasar... como a la fiera corriente del gran Betis cuando arado dilata hasta los montes su ribera".

Desde 1895 era miembro de la Real Academia de la Lengua Española y después numerosas instituciones y Universidades nacionales y extranjeras se honraron llevándole a su seno.

Al celebrarse, por primera vez en Santiago, la festividad litúrgica de Cristo Rey, hizo profesión de fe pública en ferviente y primorosa plegaria: "Perdona al que hoy invoca tu nombre, si en el abismo de su flaqueza sólo sabe decirte en esta hora: mi Señor Maestro". Don Juan Agustín era sincero, si alguna vez se desvió del recto sendero de la ley moral, la pobreza vergonzante y resignada de sus últimos años fue una verdadera purificación para su genuino espíritu cristiano.

Artista por temperamento, Barriga poseía cultura universal y si bien es cierto que amaba el clasicismo, no rehuía las literaturas modernas; sin desdeñar la gravedad y nobleza de las letras castellanas, buscaba en los escritores franceses mayor finura y causticidad.

En aquel tiempo se fundó la Academia de Bellas Letras de la Universidad Católica de Chile y don Juan Agustín, que había sido de los primeros catedráticos del establecimiento, fue designado por el Arzobispo Errázuriz presidente de la nueva institución.

Conocí a don Juan Agustín sólo unos ocho o nueve años antes de su muerte. El iba noche a noche a la tertulia de misiá Martina Barros de Orrego, pero yo nunca he sido pájaro nocturno y jamás concurrí a esa famosa reunión de la calle Catedral; mis visitas a don Augusto Orrego Luco y señora las hacía en las tardes. Al dueño de casa tampoco le gustaba la vida nocturna; pero a una de esas reunio-



nes vespertinas llegó don Juan Agustín y tuve el gusto de conocerle. Vivíamos en aquellos días bajo el peso de la dictadura y Barriga, que en su juventud libró ásperas campañas en defensa de las libertades públicas, no se avenía con ese régimen de fuerza y más de alguna vez tuvo palabras duras para los hombres de gobierno, pero siempre repetía con optimismo: “la libertad volverá, señores, el día que haya hombres dignos de recibirla”.

Muy pronto entré al Seminario y sólo le vi pocas veces; después de mi ordenación sacerdotal (1937) entramos en mayor intimidad. No hacía mucho había muerto (1936) el Pbro. don Alberto Ugarte Solar, amigo fidelísimo de Barriga, siete años mayor que él y vivían bajo el mismo techo de la calle Castro. El señor Ugarte fue uno de nuestros oradores sagrados más célebres.

Apenas conocí a don Juan Agustín me deparó, paternalmente, los más sabios y atinados consejos de orden literario, en poco tiempo aprendí lecciones prácticas de estética que sólo podía dar maestro tan experimentado como él. Hombre sencillo, generoso y desinteresado, podía decir con el Sabio: “lo que sin fingimiento aprendí, lo comunico sin avaricia” (Sal. VII-13). También “solía internarse en los secretos del corazón humano —dice Manuel Vega—, en los conflictos y dramas de las almas, para revelar su misterio con la delicadeza propia del psicólogo. Le agradaba recibir confidencias y no era avaro en dar oportunos consejos. Tenía el culto de la amistad”.

Cuando cumplió 80 años, la Universidad Católica le tributó, el 3 de septiembre de 1937, un sincero homenaje en el cual don Carlos Silva Vildósola destacó la personalidad del hombre de letras y del valiente orador parlamentario; empero lo más significativo del acto fue el oficio del Director de Obras Públicas don Teodoro Schmidt en el cual nos impusimos con sorpresa de que como abogado consultor de la Dirección de Obras Públicas quiso ahorrarle el fisco decenas de millones de pesos.

Lo más admirable en la vejez de don Juan Agustín era su innata elocuencia, era algo muy suyo inseparable de su personalidad, era orador hasta en la conversación íntima: tenía en el alma y en lo



físico las condiciones esenciales del que posee el arte del bien decir. Comunicaba con sencillez y vehemencia lo que sentía en sus arraigadas convicciones; el verbo fluía rápidamente de su cerebro disciplinado, fuente perenne, rica en ideas y pensamientos geniales; el lenguaje seductor de la pureza clásica y la chispa francesa daban a su palabra especial atractivo. La voz, aunque ya muy gastada en su senectud, tenía sonoridad suave y variada, el gesto nervioso, comunicativo y multiforme y la acción natural, espontánea y majestuosa expresaban todo lo demás, aquello que ninguna voz humana puede manifestar porque vibra y reverbera en lo más íntimo del ser. Para que nada faltara al orador, recordemos que tenía un cuerpo delicado y erguido, a pesar de los años, coronado por una cabeza muy proporcionada. Sus ojos azules tenían una mirada triste, pero reflejaban en el rostro la pureza y la claridad de su agudo entendimiento; escondía su boca fina y sensual tras unos largos bigotes kaiserinos.

Don Juan Agustín vivía silenciosamente el drama íntimo de una vida frustrada y de su pobreza vergonzante, y por lo mismo no logró concebir ninguna obra de gran esfuerzo que le demandara dedicación y trabajo continuado: en su vida sólo publicó un libro, del que ya he dado noticia.

Sencillo y austero, como aquellos varones gloriosos de que hablan los Sagrados Libros, don Juan Agustín vivió los últimos días en un cuarto desmantelado: yacía en pobrísimo lecho, añorando modestamente sus actuaciones parlamentarias: siempre escondió la gloria de sus triunfos entre los pliegues del albo manto de la humildad. Antes de morir y cuando brillaba aún el último resplandor de su poderoso ingenio, me decía con íntima emoción: "hubiera querido vivir más, para haber reparado más. Desde este momento hasta el último día de mi vida sólo quisiera adorar a Dios". Después que le ungué con el óleo de los enfermos se apagó la potente lámpara de su cerebro, con la santa obsesión de servir a Dios y a Chile.